

**U**N cardenal ha expuesto en el Concilio el deseo de que «la libertad religiosa exprese no sólo los derechos de los cristianos, sino también los que tienen los incrédulos». No tenemos derechos solamente los creyentes, sino también los no-creyentes. «La falta de fe no suprime los derechos naturales», decían nuestros clásicos españoles.

No nos extrañemos, por tanto, de que el Papa Pablo VI haya pedido a los católicos que abran el diálogo con los ateos. «Hay muchos que no profesan ninguna religión».

No se asusta el Pontífice ante este problema, y lo plantea afirmando con todo realismo: «Incluso sabemos que muchos se profesan ateos, en las formas más diversas». Por eso tendríamos que llegar a proponernos, con toda claridad y objetividad, «el fenómeno más grave de nuestro tiempo» (Pablo VI).

Quienes no profesan ninguna religión, o incluso no creen en Dios, también son hermanos; hermanos separados con los que cabe un diálogo, no por difícil menos obligatorio para nosotros. Diálogo respetuoso, sincero, comprensivo y sin gestos de superioridad por nuestra parte. Hablo, sobre todo, del diálogo entre personas, más que del diálogo con los movimientos que profesan el ateísmo; ya que, aunque en nuestro ánimo —dice el Papa— no existe ninguna exclusión preconcebida hacia las personas, en «los regímenes que lo personifican (este ideal ateo)... crean contra nosotros una radical oposición de ideas y opresión de hechos». Son ellos los que no quieren el diálogo, porque lo imposibilitan con sus doctrinas o con su actitud.

Esta es la doctrina católica escueta; expresada con toda claridad y comprensión por Pablo VI. No podremos decir que no está haciendo todo lo que está al alcance de su mano para considerar como hermanos a los que son ateos. Y el primer paso que podemos dar hacia ellos es justamente el de la coincidencia en los principios sociales que el Papa Juan XXIII exponía en su encíclica *Pacem in Terris*. Estos puntos de convergencia pueden ser «el amplio campo de encuentro y entendimiento... con aquellos que no han sido iluminados por la fe cristiana».

Nosotros somos optimistas porque creemos:

1. Que «en la naturaleza humana jamás se destruye la capacidad de vencer el error ni le faltan nunca las ayudas sobrenaturales» (Juan XXIII).
2. Que estos incrédulos son también «aptos para sacar de nuestro Evangelio formas y lenguaje de solidaridad y compasión humanas», cuando son «movidos por nobles sentimientos» (Pablo VI).

**D**URANTE la persecución religiosa nazi, hubo un gran mártir de la caridad: el padre Maximiliano Kolbe. Este franciscano polaco, detenido en uno de los terribles campos de concentración —mejor diríamos de exterminio— que fueron inventados por los dirigentes hitlerianos, se prestó voluntariamente a ser exterminado en sustitución de otro condenado que era padre de familia. Le pareció excelente ejemplo de desprendimiento (bien adecuado para un fraile) por el que debía con sencillez ponerse en el puesto de quien tenía la responsabilidad concreta de un hogar. En Oswiecim (o Auschwitz), los alemanes mataron a cinco millones de hombres: día y noche funcionaban los hornos crematorios, científicamente organizados, para los que habían sido «agasados» o torturados hasta la muerte en los «bunkers del hambre». Murió así porque el Dios en quien creía no era el Todopoderoso defensor del superhombre germano. El del padre Kolbe era el que había dicho «haceos todo para todos».

Este sencillo fraile había sido un superdotado intelectual. Toda su vida había desplegado una actividad apostólica inaudita en los más diversos países. Su instrumento principal era la prensa. En Niepokalanof creó una comunidad donde se editaban varios periódicos, uno de los cuales, en 1939, llegó al millón de ejemplares. Hasta los comunistas que un día visitaron la obra social e ideológica del padre Kolbe, realizada en esta república religiosa de 700 frailes, tuvieron que confesarle: «Esta es la primera vez que vemos plenamente realizadas nuestras ideas».

Y lo mismo que consiguió en Polonia, lo hizo también en el Japón. Su preocupación más grave era el ateísmo. Como buen intelectual, le angustiaba esta realidad de nuestro mundo, que en su época empezaba a aumentar en forma alarmante. Quizá era su actividad menos espectacular; pero la dedicación al estudio del fenómeno irreligioso le llevó muchas horas de vela. Lo mismo que el apostolado personal que ejerció entre los que no creían: eran frecuentes por su medio las más notables conversiones de librepensadores notorios.

Los últimos años los dedicó, todavía más especialmente, a la reflexión sobre los movimientos antirreligiosos de nuestra época, de sus métodos y realizaciones. Y quería que se hiciera un esfuerzo por distinguir «lo que hay en ellos de bueno, de lo que es malo»; llegando a afirmar, en los tiempos de nuestra República, que «las omisiones, en este aspecto, han traído consecuencias deplorables a Méjico y a España». Aquellas consecuencias que algunos vivimos entonces; y que otros, que no las conocieron, deberían conocer mejor hoy.

**S**IEMPRE me ha servido de reflexión el hecho de que a los primeros cristianos los paganos les llamasen «ateos». ¿Sería pensable que hoy alguien nos motejase con este epíteto? Yo creo sinceramente que no. Y la razón la veo compleja; pero, es porque hemos caído muchos en la práctica de formas supersticiosas de religión, que impurifican el elevado concepto de Dios, que tenían y atestiguan aquellos primitivos católicos, entre la superstición pagana.

Variadas son las causas del ateísmo presente en el mundo actual; pero pienso, con Pablo VI, que la culpa principal está en bastantes de nosotros que no hemos sabido cumplir «la exigencia de una presentación más alta y más pura del mundo de lo divino». Son algunos católicos quienes desgraciadamente han degradado la idea de Dios, presentando un concepto ridículamente antropomórfico, que cualquier hombre inteligente e independiente no puede aceptar. Han caído en ello por haber utilizado «ciertas formas imperfectas de lenguaje y de culto». «Formas que deberíamos esforzarnos por hacer lo más puras y transparentes que sea posible, para que expresen mejor lo sagrado, y cooperen a un resurgir de una idea de Dios más noble y aceptable por un hombre de pensamiento consciente y libre: esa es la doctrina del Papa».

Un Dios que sea un severo juez, como lo hicieron los rigoristas de los dos últimos siglos, o el bonachón «huen Dios» de los franceses «abiertos» de hace unos años, no son la imagen más adecuada del verdadero Dios. La imaginación excesiva, y a nivel demasiado humano; las expresiones que querían ser claras, y lo único que hacían era rebajar a Dios hasta nuestra pequeñez, son parte de nuestras faltas, en este terreno.

Sin embargo, los cristianos debían meditar esta tajante frase de San Agustín: A Dios, «si lo comprendes, no es ya Dios lo que comprendes». Es imposible abarcar al infinito, con nuestra mente limitada. Porque, como enseñó un gran pensador cristiano oriental, San Juan de Damasco: «De Dios es imposible decir lo que es». En realidad, lo único que podemos es afirmar que «no sabemos qué es Dios» (Santo Tomás).

¿Qué es, según los mejores pensadores del catolicismo, lo único que debemos decir de Él? «Sólo sabemos lo que no es; y la relación que todo lo demás guarda con él» (Santo Tomás).

En una palabra: Dios es «el que no se le puede nombrar» (San Alberto Magno).

**D**ESPUES de esto deberemos hacer el propósito de revisar nuestras vulgares opiniones sobre la divinidad. Y las que tenemos sobre otra verdad que merece ser explicada más seriamente: el cuidado y providencia de Dios por sus criaturas. Es frecuente que caigamos en el error de creerle, o una especie de vigla que, desde su atalaya, observa los pasos de la Humanidad para premiarlos o castigarlos severamente; o un director de marionetas que mueve los hilos de unos peletes, sin verdadera autodeterminación.

Quiere el Papa, para evitar esto, que nos propongamos «descubrir en el espíritu último del ateísmo moderno los motivos de su... negación». Por eso algunos católicos querían hacer un verdadero «epicenoálisis del ateísmo moderno», como lo ha hecho el padre Lepp. Otros, como el jesuita De Lubac, se dedican a exponer «el drama del humanismo ateo». Hay quienes estudian «la significación del ateísmo contemporáneo», como el pensador católico Maritain, o se proponen «la búsqueda de Dios», como lo hace él en otra obra. El padre dominico Robert estudia el posible nuevo «sacerdamiento contemporáneo a una afirmación de Dios». Y no faltan libros como el del biólogo Remy Chauvin hablando del «Dios de los sabios», o el del filósofo Walter Schulz del «Dios de la metafísica moderna», pasando por las obras de los católicos Sciacca, Sertillanges, Fabro, Daniélou, Tresmontant, Moré-Pontgibaud, Défever, Grégoire, Maréchal, Marcel, Blondel y otros muchos más.

Yo no desprecio a ninguno de estos meritorios escritores, profundos y ampliamente eruditos; pero lo que yo quisiera es hablar del hombre de la calle, inteligente e independiente, que no cree en Dios. De nada me sirve hablar del barón Holbach, de Feuerbach, de Marx o Engels, ni del biólogo Rostand, o los filósofos como Sartre y su discípula Simone de Beauvoir, si me olvido de los que viven todos los días desligados de Dios en sus vidas y en sus ideas, y que me encuentro en mi correspondencia o en la calle; como ese ateo que me ha escrito, hace pocos días, una sincera y bella carta, exponiéndome su acuerdo conmigo en algunas cosas, y su desacuerdo en otras.

Creo yo que tres son las características que se manifiestan principalmente en este ateísmo, como el que revela la carta que digo, y que considero frecuente entre algunos hombres de buena voluntad: el racionalismo científico, el afán de un absoluto de justicia social y la lucha contra toda doctrina que viole la independencia radical de la persona humana.

**E**L hombre —como dijo Max Scheler— es esencialmente religioso; y siempre se manifiesta de una forma o de otra su afán de absoluto. Quien lo sigue consciente y desprendidamente, en alguna manera, está ya adorando a Dios, aunque sea bajo una forma oculta. Un autor católico, el padre Joly, dice bien claramente: «Todos aquellos que hacen de sí mismos el centro de su vida son de los "sin Dios"; aunque vayan a Misa. Y todos los que se subordinan a un ideal, a un absoluto..., afirman el soberano Bien, y están en el lado de los creyentes, aunque estuvieran inscritos en una Liga de los "sin Dios"».

Una cosa son las palabras, y otra —y la única decisiva— es la vida. Nosotros los cristianos no es con palabras como principalmente tenemos que dar testimonio de nuestra religión, sino con una vida auténtica y desprendida, que sinceramente se proponga un ideal de justicia, de bondad y de amor. Así confesaremos a Dios más integralmente que si sólo le adoramos con los labios o con un afecto interior de buen tono, sin consecuencias decisivas para el bien del mundo.

En Occidente, a pesar de su apariencia cristiana, predomina en muchos un materialismo mecanicista de la vida, más grosero que el materialismo dialéctico de Oriente. Aquél ha perdido casi todos los valores elevados, y éste todavía conserva algunos, para vergüenza nuestra. El cristianismo fue quien los trajo al mundo, en buena parte, y ahora nos los recuerdan, por extraña paradoja, quienes lo combaten. Cuando propugnan algunos «valores humanos» esos ateos, «no llegaremos a ser capaces algún día de volverlos a llevar a sus manantiales, que son cristianos?» (Pablo VI).

El afán de absoluto que tienen algunos incrédulos se manifiesta también en su sueño de justicia y de progreso, y en busca de objetivos sociales divinizados. ¿Qué es esto en ellos sino «la necesidad, que no se puede soslayar, de un principio y fin divinos?» (Pablo VI).

Otras veces se vuelven con entusiasmo a la racionalidad humana, con el propósito de ofrecer una concepción científica del Universo. Yo pienso que no hay que evitar este camino racional, sino que hay que llevarlo a sus últimas consecuencias, porque esto nos conducirá «hacia una nueva... afirmación del sumo Dios». Nueva, porque estará desprendida de todo lastre antropomórfico, con el que cargamos muchos cristianos la idea de Dios.

Nosotros los católicos somos personalistas, y no creemos que la aceptación de Dios es algo que «saliente al hombre, como enseñan los marxistas. Dios no es un elemento del mundo, ni un factor extraño que se mezcla con nuestras cosas, como si fuera un ingrediente más. Dios está en lo más profundo de la reali-



**Un problema:**

El pelo

**Una solución:**

**SyJ38**

AUTENTICO BIOCATALIZADOR  
DEL CRECIMIENTO DEL PELO

DESPUES DE MULTIPLES  
INVESTIGACIONES Y ENSAYOS  
SE HA COMPROBADO QUE EL  
PREPARADO S y J - 38 ES UN  
HALLAZGO QUE LA CIENCIA  
MODERNA APORTA PARA LA  
REGENERACION DEL CABELLO

Sy J-38 detiene rápidamente su  
caída.

Sy J-38 hace de ordinario salir  
de nuevo el cabello.

Sy J-38 elimina fácilmente la  
caspa y la grasa.

Sy J-38 da vida y vigor al cabe-  
llo, fortaleciéndolo.

Consulte a su médico,  
un tratamiento con  
S y J-38, y puede recu-  
perar el cabello SANO  
y JOVEN de sus 18  
años.



ES UN NUEVO PRODUCTO PARA: HACER CRE-  
EL CABELLO • EVITAR LA CAIDA • ELI-  
R LA GRASA Y LA CASPA • USANDO SYJ-38  
ORA VO. LOS CABELLOS SANOS Y ABUN-  
ES • PARA OBTENER LOS MEJORES REGUL-  
IS LEA LAS INSTRUCCIONES COLOCADAS  
DENTRO DE LA CAJA

C. P. S. 768

PARA TODA CONSULTA DIRIJANSE AL APTDO. DE CORREOS 20.067



## EL ATEISMO

dad que nos rodea, trascendiéndola ciertamente, y por eso creemos que «Dios no modifica nada», Dios hace que el hombre «actualice lo libre de su libertad» (Sertillanges, O. P.), sin por ello modificar la naturaleza insobornable del ser humano, sino, por el contrario, respetándola al máximo. Dios es un misterio que está en el fondo de todo, como su fundamento. Sin El nada tiene sentido y todo cae en el absurdo, como le pasa al existencialista ateo Sartre, que no puede salir del callejón sin salida en que se ha metido; con El, todo se vuelve más ello mismo: lo libre más libre y lo necesario más necesario. Dios no es un malabarista que juega con el azar: Dios respeta también la casualidad y el azar que existen en el mundo, como sostiene el padre Sertillanges, porque «Dios es demasiado soberano para impedir la libertad de sus obras».

**E**N los escaparates de las librerías vemos los libros de Lucács, Sartre y Simone de Beauvoir. No debemos escandalizarnos por ello, sino estar preparados para superar su impacto; porque éste es el impacto ateo del mundo de hoy, que, de una manera o de otra, llega a nosotros.

Refiriéndose al ateísmo, dice el padre De Broglie, S. J. (que es un pensador más bien conservador), que deben efectivamente ponerse restricciones a su propaganda; pero que sería, sin duda, excesivo prohibir toda publicación de un libro o estudio filosófico en el que se defiendan estas posturas negativas, pues un leal intercambio de puntos de vista sobre estas cuestiones puede contribuir a aclararlas. Nuestra vida futura de cristianos ya no podrá ser la cómoda de aquel a quien le sirven la religión como un manjar en bandeja de plata, mientras los hambrientos están contenidos en la puerta por la guardia de nuestro «palacio». Nosotros tenemos que acostumbrarnos a esgrimir las «armas de la luz, bastante más que las prohibiciones legales» (De Broglie, S. J.).

Tenemos que superar la época de las ingenuas demostraciones de la existencia de Dios tal como venían —y vienen todavía— en nuestros manuales de apologetica. Es necesario renovar estas pruebas, como pidió Pío XII a la Academia Pontificia de Ciencias, asimilando todos los aportes de la ciencia de hoy. Dios es el fundamento de todo pensamiento científico, como demuestra el padre Robert, O. P., en su obra antes citada. O el Fin a que todo tiende, como lo enseña el gran científico padre Teilhard de Chardin, S. J. O el Aire espiritual que respiramos en nuestra alma, como pensaba el biólogo Carrel. O el infinitamente Probable, que veía en la evolución Lecomte du Noddy. O la única Teoría consistente que explica los hechos del Universo, del lógico matemático Fitch. O el gran Matemático del mundo, postulado por los físicos sir James Jeans, Einstein o Whittaker. O la única explicación de la inspiración superior de los genios religiosos como San Juan de la Cruz, según afirman algunos teólogos carmelitas, basados en el filósofo Bergson.

Crear que ciencia y religión se oponen, es una ingenuidad hoy en día, como han afirmado el inventor de la teoría física cuántica, Max Planck, y el gran físico Pascual Jordán, principal impulsor de la nueva mecánica que ha sido la base de los hallazgos atómicos y nucleares.

Yo, de todas formas, me adhiero a «los filósofos católicos que han llegado a desconfiar de las famosas vias tradicionales para demostrar la existencia de Dios, y cortan por otro atajo para llegar a la gran Realidad divina» (fray Alberto del Cammen, O. C. D.).

Y tengo el mayor respeto por los ateos como Rostand, el gran biólogo que no se atreve a afirmar rotundamente que no pueda estar equivocado. Ante el problema de la inmortalidad, confiesa: «Concedo de buen grado que lo que me parece inconcebible a la luz de lo poco que creo saber, pudiera cesar de parecerme a la luz de todo lo que ignora». Por eso, ante la cuestión de la finalidad biológica y del sentido inteligente que tiene la evolución, no lo orilla Rostand, como lo hace de un plumazo el físico matemático Reichenbach, sino que concede ser «un problema real, que no me parece resuelto de manera convincente», con las teorías darwinistas ni neo-darwinistas de la selección.

**R**USIA nos da una muestra bien significativa de lo imposible que es luchar contra la tendencia religiosa, pues, como el psiquiatra Jung ha demostrado, está implicada en la estructura normal del ser humano. Todos sus intentos antirreligiosos tienen en la U. R. S. S. un resultado muy inferior al que pretenden sus corifeos. Por eso va la Unión Soviética dando bandazos, siguiendo unas veces las explicaciones de Marx, intentando ser pacientes hasta conseguir la superación de lo religioso, por solución de las injusticias sociales, y otras, tirando por la calle de en medio, con una violenta lucha contra ella. El tiempo de los museos antirreligiosos y de la «Liga de los sin Dios» parece superado en una época; pero al momento vuelve a resurgir, como exponente claro del fracaso de su intento anterior. La violencia, o la transformación social, no pueden dar al traste con la tendencia más arraigada en el espíritu del hombre.

En la época en que prácticamente estaban cerradas en Rusia casi todas las iglesias (el 92 por 100 de las que había en 1914), los campesinos iban a la ciudad a visitar las imágenes, expuestas en los museos antirreligiosos con fines de propaganda atea, para rezar ante ellas. Y aún hoy, cuenta Constantino de Grunwald que estando él en uno de los pocos museos de esta clase que todavía quedan en Leningrado (pues en Moscú los han suprimido), y que está instalado en la catedral de Nuestra Señora de Kazán, dos muchachas jóvenes que lo visitaban comentaban en alta voz la belleza artística de los cuadros, sin fijarse en el propósito antirreligioso que tenían. En los pueblos, según confiesan los soviets, en un rapport de Tendriakoff sobre la ineficacia de la propaganda atea, no asisten a las conferencias antirreligiosas nada más que los que ya son ateos. Por probar a una profesora de instituto, el autor citado cuenta que le ofreció un folleto que se repartía en las calles contra la existencia de Dios, y ella le contestó: «Gracias, yo no leo esas tonterías, tengo cosas más importantes que hacer». La vulgar propaganda atea de la U. R. S. S. no tiene seriedad, ni puede ir contra lo más hondo del ser humano.

¿Es éste el diálogo que quería mi interlocutor ateo de la epístola citada? Yo, con gusto, lo abro con este artículo, y pienso continuarlo, como con cualquier otro hermano separado, sea de la ideología que sea.

No olviden los ateos que la Iglesia enseña a los católicos «que el hombre no tiene necesidad de haber reconocido la existencia de Dios para tomar conciencia de sus deberes humanos fundamentales y saber que está obligado a cumplirlos» (De Broglie, S. J.); los ateos pueden ser hombres de conciencia, según el Papa Alejandro VIII.

E. M. M.



...ella elige lo mejor,  
una corbata

**TERGAL**  
MARK II ESPINOSA

